

## *In Memoriam*

### **Gabriela Mora: lectura y compromiso**

**Soledad Bianchi**  
soledadbianchi@vtr.net

Seis o, tal vez, ocho personas conversan sobre literatura alrededor de una mesa. De distintos sexos, edades y profesiones; todos chilenos, creo, venían, cada tres semanas a un departamento en Harlem, frente al río Hudson, desde distintos puntos de Nueva York y sus cercanías, a participar en un “Club de Lectura” de obras diversas y no siempre en castellano, aunque ese era el idioma en que se comunicaban.

Gabriela Mora y su voz entera, definitiva y segura, de timbre jovial, se imponía, a veces, mostrando recorridos e interpretaciones diferentes y novedosas o situando en la historia literaria al autor o su obra. No había duda de que quienes la acompañaban admiraban la pasión y los saberes de esta mujer morena, delgada, delgadísima, y ya chiquita y mayor, que ese 29 de septiembre de 2017 cumplía noventa años. Hacía poco había recibido el mejor regalo: la publicación en Chile de su libro *Lecturas Crítico-Feministas*, por editorial Cuarto Propio, nombre elegido por su gran amiga, Lucía Melgar, quien también seleccionó los artículos que lo integraban. Los habituales asistentes al “Club de Lectura” se juntaban para festejar a su guía, pero, como estaba convenido, debía ser con posterioridad a la seria y amena sesión de trabajo que ese día se centraba en Toni Morrison y su novela *Home (Volver)*.

Se veía que Gabriela prolongaba su necesidad y gusto por enseñar, actividad que había realizado durante más de treinta años en universidades de Estados Unidos, finalizando como Profesora Emérita de Rutgers University. Se notaba, asimismo, su entusiasmo y dedicación

por la lectura: ya jubilada, me confesó alguna vez que estaba prefiriendo leer que escribir, a pesar de que en más de alguna ocasión se asomó a sus recuerdos, apuntando instantes de sus memorias. Y cuando conversábamos por teléfono, una pregunta obligada era sobre los libros recientes que habían aparecido en Chile, además de no cesar de recomendarme lo que leía –o releía– en ese momento. Porque una de las características de Gabriela era su generosidad para compartir sus conocimientos, para reconocer a otros, para entregar apoyo y confianza y tiempo.

Gabriela me contaba que había sido rebelde desde muy niña, y este rasgo lo mantuvo y profundizó, alzándose y protestando contra cualquier injusticia; por esto, sin encerrarse en el mundo académico, no vaciló en dedicarse a la solidaridad con Chile durante la dictadura cívico-militar. (Y siempre, por su carácter sociable y su inagotable curiosidad, había ampliado sus círculos sociales, políticos, de intereses, de conocimientos; así, cuando se formaba como Profesora de Castellano en el Pedagógico de la Universidad de Chile, complementaba las asignaturas y clases con su pertenencia formal al Coro de esa entidad, al mismo tiempo que tuvo importantes relaciones con el grupo de Teatro, lo que más tarde le ayudaría en sus escritos sobre dramaturgia, una de sus áreas de investigación).

Tampoco ella cedía en sus principios: convencida feminista, fue una precursora de esas luchas, en estudiar las bases del feminismo y aplicar su teoría a los estudios literarios. Sin temer ir contra la corriente, no le asustaban los debates si se trataba de derribar lugares-comunes, por muy extendidos que estuvieran: es posible que un texto suyo, negativamente crítico de las obras de Isabel Allende, haya sido uno de los primeros que se atrevía a estampar en el papel algo que muchos cuchicheaban. ¡Y había que ser valiente...!

Tan valiente como cuando, varias décadas antes, tuvo que convencer a los catedráticos para redactar su tesina sobre la, entonces, poco leída y poco considerada María Luisa Bombal, o cuando –ya en Estados Unidos y en la década del sesenta– propuso una tesis de doctorado sobre el escritor y académico venezolano Mariano Picón Salas y su autobiografía (modalidad que los remolones enfoques académicos universitarios dudaban en considerar autónoma). Y Gabriela continuó arriesgándose al enfocar producciones de escritores que se iniciaban o cuya recepción no había sido estruendosa. ¡Cómo se alegraba con sus “descubrimientos”!

Como cuando leyó a Alejandra Costamagna, con quien quiso cartearse, y lo logró; como cuando salía en defensa de las novelas de Patricio Manns, que llegó a analizar; como cuando se enteró de las crónicas de Pedro Lemebel y coincidía con sus protestas. Esos “hallazgos” y ese placer no se circunscribían sólo al ámbito de las letras ni a grandes circunstancias, sino a una buena conversación, a la amistad, a un chiste o una broma; a una visita, a algo inesperado.

Al comienzo, Gabriela no podía comprender que yo la invitara a dar una vuelta en limusina, “habiendo taxis baratos”, decía. Se convenció cuando una tarde cualquiera, sin explicación lógica, pero por indicaciones mías, nos pasó a buscar un solemne auto negro, impresionantemente largo, para recorrer parte de Nueva York. Su severo exterior contrastaba con el exceso de espejos y azulosas luces interiores; los brillos de decenas de copas de vidrio suspendidas sobre los numerosos asientos, y una pequeña fuente desbordante de cubos de hielo cristalino. La belleza del trayecto, el atardecer, los cambios de colores y de tránsitos en la ciudad, según la hora; el Puente de Brooklyn a pleno día, y con iluminación nocturna, después; el champán, la fruta, el queso y los picoteos; la compañía de la poeta Ana Diz: todo, todo era sorpresa y alegría e imprevisto, tanto, que Gabriela caminó casi sin dificultades ni enfriarse (una de las molestias de sus últimos años, era una sensación constante, de frío glacial).

Hasta hace unos ocho años, Gabriela venía a Santiago todos los veranos a ver a su familia y a escapar del invierno del norte. Se quedaba en la misma casa donde había vivido en su juventud, próxima a la Gran Avenida. Salía poco y el barrio se le hacía desconocido pues cada vez estaba más cercado por altos edificios, pero disfrutaba regresar y, sobre todo, disfrutaba el patio soleado y su parrón, y gozaba comiendo una uva única, rosada y dulcecita –como de Curtiduría– asegurando, contenta, que ese sabor no había variado y se conservaba a pesar de las décadas. Fue allí, fue aquí, en Chile, donde Gabriela pasó sus últimos meses hasta el definitivo lunes 6 de julio de este año 2020. Sólo pudimos hablarlos, con distancia telefónica, como unos quince días antes. Con voz también enflaquecida y cansada, me invitó a visitarla y me pidió unos libros. Nos veríamos apenas estuviera autorizado desplazarse. De pronto, la llamada quedó en suspenso, me costaba escucharla, pero... sé que quedamos de encontrarnos.